

Carlos Desvalls Maristany  
Marqués de Llupià

# Los Vallseca en El Laberinto

## Un linaje de Barcelona

Prólogo de  
Carles ADAMUZ

editorial  
**MILENIO**  
LLEIDA, 2015

© del texto: Carlos Desvalls Maristany, 2015  
© del prólogo: Carles Aldamuz, 2015  
© de esta edición: Milenio Publicaciones, SL, 2015  
C/ Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida  
editorial@edmilenio.com  
www.edmilenio.com  
Primera edición: mayo de 2015  
ISBN: 978-84-9743-686-1  
DL L 325-2015  
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL  
www.bobala.cat

*Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <[www.cedro.org](http://www.cedro.org)>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

PRIMERA PARTE

ESPLENDOR

## Bernat vuelve al laberinto

11 DE OCTUBRE DE 2011

—Señor Vallseca, buenos días. Antes de visitarse con el doctor, si no le importa, tengo que rellenar la ficha médica. Empecemos por la fecha de hoy: 11 de octubre de 2011. Su nombre completo, por favor.

—Bernat Vallseca Icard. Fecha de nacimiento 7 de abril de 1934, es decir, setenta y siete años. Operado de cáncer de próstata. Medicación: Procrin trimestral, Calcium Sandoz fuerte con vitamina D, ácido alendrónico 70 mg semanal, Uralit Urato, Ziloric de 300 mg, Sinvastatina de 10 mg. Creo que no me dejo nada, no está mal. ¡Ah, y no fumo desde hace veinte años!

—Espere un momento, en seguida le atenderá el doctor Aguilar.

—Buenos días, señor Vallseca. Vamos a ver, he estado revisando todas las pruebas que hemos efectuado así como los análisis que usted me trajo. Como el doctor Laval ya le avanzó veo unas ligeras extrasístoles —¿ve usted el electrocardiograma?—, pero no es nada alarmante. Además, la prueba del esfuerzo ha dado un resultado prácticamente normal para su edad, de manera que, de momento, no le voy a recetar ningún tratamiento. Lleve una vida absolutamente normal, coma sano, camine a diario a buen paso y no haga ejercicios excesivos. Nos veremos de aquí a seis meses. Si quiere ya puede concertar visita con mi secretaria.

Son las once de la mañana, y pienso que no vale la pena ir al despacho. Haré caso al doctor e iré a dar una vuelta ¡a buen paso! Será cuestión de organizarme y buscar el tiempo para el paseíto de marras. Mi padre tenía trastornos cardíacos, mi abuelo paterno Demetrio murió de un infarto de miocardio, no recuerdo exactamente en qué año, aunque sí que era poco antes de comenzar la guerra. Pero, bueno, todo el mundo dice que me parezco a la familia Icard, así que tranquilo. Hace buen tiempo, me he sacado un peso de encima; no es que tuviera miedo, pero sí un respeto. La salud lo es todo, lo demás se puede comprar. Buenas noticias, es como volver a nacer después de la que me cayó.

Bajo al segundo aparcamiento del hospital Quirón, donde he dejado mi Suzuki Vitara. Estos japoneses, además de pasarse la vida contemplando La Pedrera de Gaudí, hacen bien las cosas. En los nueve años que tengo este coche no ha pisado el taller.

Yo creí tener superada mi enfermedad pero algún resto de angustia quedará cuando sin tener plena conciencia de la dirección que he tomado me he encontrado en el Laberinto. El segundo cinturón de ronda está despejado a estas horas de la mañana de manera que en diez minutos he llegado a la plaza, habilitada como aparcamiento. Un inesperado impulso me ha traído hasta aquí.

“Son dos euros, señor, aunque el precio para las personas de la tercera edad tiene un cincuenta por ciento de rebaja”. Imagínate, para entrar en tu propia casa te hacen descuento. Hace cuarenta años que ya no estamos aquí; habré venido, en ese tiempo, cuatro o cinco veces, no más. Se me encoge el estómago cada vez que vengo. ¡Madre mía, lo que ha cambiado, cuánto ha pasado!

De repente, se me ha aparecido toda mi vida como en un *flash*, toda en un plano; he podido ver desde mis primeros recuerdos hasta el día de hoy: no había un antes y un después, todo presente. En algún pasaje del cuadro me costaba reconocerme como protagonista, en otros los revivía en carne viva, pero aún en los primeros siempre reconocía un rescoldo, un pequeño escalofrío que me decía: no lo dudes, eras tú. Me parece increíble que yo pudiera ser aquella criatura a la que su madre le cantaba canciones cuando debería tener menos de cuatro años ¿realmente lo recuerdo o me confundo porque me lo han explicado? No, no, era yo, recuerdo la voz, el tono y la placidez que sentía. Y también era yo —¿o también lo he soñado?— el niño que, en San Sebastián, bajaba las escalinatas de una iglesia cogido de la mano de alguien y, eso sí era seguro, con unos calcetines azul pálido.

La capilla está cerrada. Me veo entrando en esta misma capilla al acabar la guerra, llena de papeles, mesitas pequeñas y alguna silla desvencijada. Me dijeron después que había sido utilizada como oficina. Años más tarde, en esta misma capilla, haciendo la primera comunión, el 20 de julio de 1943, con dos primos haciendo de monaguillos, con sus sotanas de lana bajo un calor sofocante. Yo iba vestido con un traje blanco de marinero con manga corta que no soportaba; tengo presente el ambiente, aunque sería incapaz de describirlo. Han pasado demasiados años. Solo recuerdo que había muchos invitados, mi madre llevaba un vestido oscuro y peineta en el pelo. En esa época se llevaba peineta en las grandes ocasiones: en las primeras comuniones y para ir a los toros. Mi padre llevaba una americana blanca cruzada con una flor en el ojal —¿sería una gardenia del jardín?—,

zapatos marrones y blancos, lustrosos, como siempre. No he visto a nadie que lograra llevarlos tan impolutos. Yo lo intenté durante una temporada, hace años. Imposible.

Empiezo a caminar mientras voy echando la vista atrás. Mis primeros recuerdos se presentan en un cuadro límpido, luminoso, con muy pocas imágenes, inmóviles todas, sin dirigirse la palabra. Siempre son las mismas, como si las hubiesen fijado con un pulverizador como el que utilizaba un pintor callejero que pintaba al pastel debajo de casa cuando yo tenía seis u ocho años. Pero cómo olvidar las idas y venidas en bicicleta por todos y cada uno de los paseos del Laberinto. ¿Cuántas veces los haría? Imposible de saber; despacio, deprisa, solo, acompañado con mis primos. Cómo olvidar mis escapadas hasta la plaza Ibiza de Horta —entonces no había circulación— para comprar en la farmacia pastillas de leche de burra por unos pocos céntimos de peseta, a mis doce o catorce años. Aquello bastaba para hacerme feliz. Ahora necesito algo más. El whisky cuesta más, además me falta el cigarrillo que hace veinte años dejé porque, ya lo dice el envoltorio, resulta que mata.

Cuántas veces habré pasado delante de este monumento cuyo texto no logré aprenderme de memoria aunque lo intenté más de una vez:

En el día 10 de octubre del año 1802, don Jaime de Vallseca y de Icard, vizconde de Castellnou y dueño de esta casa de campo y jardines, tuvo la satisfacción de que, con el fin de ver este sitio de recreo, le honrasen con su presencia las reales personas de sus soberanos los Sres. Don Carlos IV y Dña. María Luisa de Borbón, los Sermos. Sres. Príncipes de Asturias, Don Fernando y Doña María de Nápoles, los Sermos. Sres. Ynfantes de España, Don Carlos y Don Francisco de Paula, el Sr. Don Luis rey de Etruria, y el Sermo. Ynfante de España, Don Antonio Pascual: hallándose a la sazón la Corte en Barcelona con el plausible motivo de la celebración de los augustos casamientos de los Sermos. Sres. Príncipes de Asturias, y del Sr. Príncipe heredero de Nápoles don Francisco Genaro con la Sra. Ynfanta de España doña María Isabel y para perpetuar la memoria de un día tan feliz puso este monumento.

*Sic transit gloria.* Si a mi antepasado, Jaime de Vallseca y de Rocabertí, le hicieran descuento para entrar en sus jardines no sé si le cogería un ataque de risa o moriría de un definitivo infarto de miocardio.

Pero, han pasado muchas cosas y es mejor reaccionar de una manera intermedia. Para mí, la vida en el Laberinto ha constituido lo

más parecido a un paraíso, donde tuve el privilegio de vivir, intensamente, una gran parte de mi vida: mi niñez y mi juventud. Vivíamos sumergidos en la belleza, en la espontaneidad, en el disfrute de nuestra vida de niños, en la admiración de unos jóvenes privilegiados, en el transcurrir encantador de una convivencia tranquila, serena, agradable, educada, alegre, feliz. Sí, muy feliz.

Mis primeros recuerdos de Barcelona corresponden a los años cuarenta, cuando yo andaba entre los seis y los doce años. Siempre los mismos, unos pocos, reales o ficticios, nítidos, breves, una sola imagen, dudosos. Los coches de juguete, sigo esperando ver, hoy, un coche del mismo color butano que aquel que me gustaba tanto. Los cubos de basura de la cocina, metálicos, forrados interiormente con papel de periódico para evitar el hedor, que no se lograba envolver. La trompeta del basurero anunciando que estaba en la portería para que desde los pisos bajarán los cubos. El peluquero, el zapatero, el jefe de ellos me recordaba a Franco, siempre llevaba la boina puesta. María, la del quiosco, Roberto Alcázar y Pedrín, mis preferidos, Juan Centella, el Guerrero del Antifaz. Carlos, con su bata de color azul, que cargaba, al comenzar la temporada de veraneo, las maletas y los baúles en el carro que los llevaría, desde nuestra casa en la calle Boquería, al Laberinto, un hombre delgado con gafas sin montura, más bien bajo. Pablo, buena facha, casi calvo, muy respetuoso, hacía recados, llevar los zapatos al zapatero, al limpiabotas a sacarles lustre, llevar este paquete a Correos y de paso comprar sellos, pasar por la camisería a recoger un encargo, dígame al camisero que ya pasaré para pagarle. Los domingos por la mañana temprano, yo todavía estaba en la cama, desfilaban los de la Falange, arrastrando las alpargatas en el asfalto haciendo un ruido inolvidable, ras, ras. Aquello me conmovía, cantando: “¡valeri, valera, valera, la, la, por nuestra Patriaaa!” El portero Agustín en camiseta sobaquera, bajo, panzudo, con un marcado acento catalán, a su mujer Filomena, la tengo totalmente desdibujada. A mi padre lo de la camiseta sobaquera le traía por la calle de la amargura. El Sereno y el Vigilante. El día que los jesuitas organizaban la consabida peregrinación a Montserrat, el madrugón era considerable. Teníamos que concentrarnos en los ferrocarriles de la plaza Cataluña. El sereno —¿o el vigilante?— debidamente avisado entraba en el piso, venía hasta mi mismísima cama y me despertaba. Más tarde vendrían los cigarrillos, los adquiriría de uno en uno o como máximo de dos en dos, la crisis permanente no daba para más. Se los compraba a un vendedor ambulante: dos taburetes, en uno se sentaba él, en el otro la mercancía, un par de paquetes abiertos de Lucky Strike o de Camel, unas cajetillas brillantes de color marrón beige, dos paquetes

de caldo ¿por qué le llamarían así?—, no sé dónde me los fumaría, en casa no, desde luego. Un par de librillos de papel de fumar, nunca he logrado liarne un cigarrillo, y una cajita con piedras para el mechero. El olor del metro —¿sería desinfectante?—, el aspecto de la gente, los obreros con alpargatas y la fiambarrera envuelta en un trapo de cuadros, bajos y famélicos, colgados de los tranvías, dentro ya no cabía un alfiler, y el cobrador pugnando entre la masa para que nadie dejara de pagar su billete. La gente fumaba en el interior del tranvía o en el metro y escupían en el suelo dejando huella inequívoca del estado de la salud bronquial del personal. En las misas dominicales, en la parroquia donde íbamos, un local provisional mientras se construía la iglesia definitiva, tenía verdadero mérito llegar a entrar al interior. La densidad de personal y el tufo eran similares a los del metro aunque, desde luego, el suelo estaba más limpio. Cuando pasaban la bandeja mi padre dejaba un duro y él mismo se tomaba el cambio, cuatro roñosas pesetas, de manera que su óbolo era indefectiblemente de una peseta, cantidad que para los tiempos que corrían creo que no estaba nada mal. El piso donde viví hasta que tuve catorce años, un pasillo largo y ancho, en un arcón un águila disecada con las alas desplegadas y los ojos de vidrio que miraba inquisitorialmente hasta que mi hermano Fabián le sacó un ojo y desde entonces ya podíamos enfrentarnos mejor a la mirada inquisitiva del águila tuerta. Al fondo del pasillo, un piano donde mi hermana Mercedes luchaba a mano partida con el *Claro de Luna* de Beethoven, durante las clases de piano, la verdad es que con muy poco éxito; pero ya se sabe, una hija bien educada debe saber tocar el piano. Y donde mi madre atacaba alguna composición de Frederic Mompou que ella descomponía con total felicidad musical. El título lo usaban mis padres en casi todas las ocasiones, oiga, soy Maruja, la peluquera, quería hablar con la señora vizcondesa de Castellnou.

La niebla de mis recuerdos comienza a aclararse con el primer sol de la segunda niñez, cuando empecé a ser consciente de mi personalidad. Cuando comenzaron mis primeros escozores de curiosidad, de angustia, de inseguridad, de preguntas que solo yo me podía contestar, de incomunicación, de aislamiento. No es que fuera consciente de todo ello, pero sí que un no sé qué interior me interpelaba, me conectaba a un mundo ajeno que se me presentaba delante de mí y con el que me iba relacionando. Y el cariño materno de la primera niñez empezaba a ir acompañado por otros sentimientos que lo envolvían. Las personas iban adquiriendo perfil concreto más allá del sentimiento. Es durante este proceso que me preparaba para hacer la primera comunión. Desde el Laberinto me desplazaba en tranvía a las monjas reparadoras, ¡que ya es tener un nombre!, donde la madre superiora, por supuesto amiga de la familia, es decir, también

de buena familia, me recibía después de haber hecho sonar la campanilla de la puerta principal, que debía estar sonando desde la alta Edad Media. Hay sonidos que difícilmente se olvidan. En un pasillo del convento, sentados en un banco, sin respaldo, iba conociendo los rudimentos del catecismo. Unos conocimientos que a lo largo de los años han ido evolucionando con el cambio de los tiempos, de la edad y de tantas otras cosas que no acabaría de relatar.

Mi cerebro de niño, esto puedo reconocerlo ahora a mis setenta y pico años, era como cualquier cerebro de esa edad, una caja registradora donde se grababan todas las imágenes. Es el paso del tiempo el que haciendo el papel de gamuza limpiadora va seleccionando, dejando algunas y borrando las más.

Cuando desaparecen los lugares donde se aposentan los recuerdos es como desvanecerse dos veces porque no puedes volver a pisar el lugar de los hechos. Todo queda en la nebulosa del aire lejano, más allá del hecho real. Mi niñez, en mi caja de algodones, se parió en aquel lugar, en el Laberinto, un lugar donde la familia recibía a sus familiares y conocidos más próximos con cariño y sencillez sin el protocolo de las grandes y ficticias reuniones de gente importante.

Los partidos de tenis eran motivo de reunión alrededor de la pista. Después en el *casino*. Pan con tomate, queso y salchichón de la finca de Camprodón, que a mí siempre me parecían escasos. A mi abuela le gustaba la cerveza Damm. Yo no sé quiénes eran aquellos señores y señoras que venían pero sí reconozco a alguno de ellos. Las Rumeu, habladoras y compuestas: “¡Hola Bernat, uy, pero cómo has crecido! ¡Parece mentira, aquel niño de San Sebastián!”, los Terrades, atildado él, expectante y tieso. Tan puesta ella. Tío Jaime y tía Gloria. Venían en un magnífico Packard y Cecilio el chófer. A los niños pequeños, a mí al menos, toda la gente mayor y con el pelo blanco me parecía muy respetable. Con los años se van conociendo los pormenores. No me puedo olvidar de José Balart, grande, pesado, fumaba puros con boquilla. A su lado, su mujer Danielle, pequeña, ceceaba al hablar. Los coches de caballos y los caballos que tenían eran realmente una maravilla. Aquello era otro mundo.

Siempre me ha quedado el recuerdo, teñido de remordimiento, por un hecho que entonces consideré normal y que el paso del tiempo ha hecho que lo viera diferente. ¡Cómo han cambiado las cosas! Un día de verano, como otro cualquiera, después de desayunar, me dirigía al Safareig Gran para bañarme como hacía durante las vacaciones. Al llegar oí voces y gritos, me acerqué sigilosamente sin ser visto. Cuatro o cinco chavales de unas barracas próximas se estaban bañando desnudos. Volví a casa y se lo dije a Bartomeu, el jardinero, quien avisó a la Guardia Civil. Estos tomaron el viejo autobús de línea y

bajo el sol implacable del mes de agosto y con su uniforme reglamentario llegaron una hora después al estanque donde previamente Bartomeu ya había retirado la ropa de los chavales para que estos no pudieran largarse en cueros. Los guardias se los llevaron detenidos al cuartelillo de Horta.

Así iba transcurriendo mi existencia, alejada de cualquier contra-tiempo. O al menos así me lo parece visto desde la perspectiva de los años. ¿Acaso los sinsabores no nos acompañan desde el mismo día del nacimiento? La sensibilidad siempre conlleva satisfacción y frustración. Uno de los grandes logros de la mente es recordar los afectos y disolver los obstáculos. Al menos, ese ha sido mi caso. Con el tiempo, este proceso se va equilibrando, configurando un complejo mundo que se enquistaba en nuestra personalidad. Poco a poco la vida nos va mostrando todo el extenso e interminable abanico de su presencia.

Recuerdo bien el día que se acabó la Segunda Guerra Mundial. Fue un día triste en el Deutsche Schule. Nuestro profesor Herr Gas, un tipo duro, delgado, seco, no pudo contener las lágrimas. Nosotros no podíamos reconocer el alcance de todo lo que estaba pasando ni de lo que la guerra representaba para ellos como alemanes. Años más adelante, le pregunté a mi madre cómo era que me habían enviado a un colegio alemán. “¿Cómo íbamos a saber los disparates que estaban cometiendo los nazis?”, recuerdo que me contestó. “Además”, añadió segura de lo que me explicaba, “puedes estar convencido de que el pueblo alemán no se corresponde a esta bestialidad. Ten en cuenta que en esa época en España el prestigio alemán era enorme. La Segunda Guerra Mundial no había estallado, la información en España solo hablaba alabanzas de los alemanes y lo poco que se hablaba del otro bando era para denostarlo. También adujo, nuestras familias habían luchado en el bando nacional y por tanto estábamos más próximos a esta referencia que a lo que después sería el bando aliado. De todos los excesos y barbaridades nazis nos hemos enterado mucho más tarde”. Añadió a esto que la política era algo totalmente ajeno a nuestra vida ordinaria: “¿acaso no guardas tú un buen recuerdo de aquellos años del Kinder Garten?, y después hasta que cumpliste los ocho o nueve años.” El alemán era el idioma del futuro y el francés el idioma culto. Ha sido mucho después cuando ha arrasado el inglés y cuando mi alemán se ha ido diluyendo.

Lo cierto es que yo mismo recuerdo con mucho agrado la educación recibida aquellos años del Kinder Garten y después hasta los diez. La gimnasia era dura, en camiseta en pleno invierno, en aritmética yo multiplicaba dos números por dos números mentalmente

en segundos, la práctica mental era básica. Ahora soy incapaz. Las clases de música tenían un nivel alto. Después me he enterado de que lo que cantábamos, y que nos gustaba cantar, era Mozart, Beethoven y compañía. Solo lo pasaba mal cuando por Navidad el Papá Noel descargaba al niño que se había portado mal de un saco que llevaba en la espalda, además de nueces y mandarinas.

Cuando al acabar la guerra se cerró el Deutsche Schule mis padres decidieron matricularme en los Jesuitas de Sarriá. Mi primera entrevista, acompañado por mi padre, fue con el padre prefecto, un hombre recto, justo, su mirada era penetrante y dura, su cara adusta, su barba cerrada. Hubiera preferido, entonces, menos justicia. Después, con el tiempo, siempre he agradecido las actitudes severas de mis educandos que son las que me han formado y no los blandengues que no enseñaban más que la manera de escabullirte de lo que debías hacer. Esto de los jesuitas me imponía mucho ¿sería capaz de seguir el nivel que exigían ahí?

Al comenzar el curso, pasadas las largas vacaciones veraniegas, me encontré con caras conocidas que también provenían del Deutsche Schule. Aquellos fueron mis primeros amigos, alguno de los cuales lo sigue siendo después de estos miles de años transcurridos.

Una característica de la época era la desinformación sobre los aspectos sexuales. El sexo era un tabú, un obstáculo que solo los más osados traspasaban. Algo misterioso, insalvable. En la vida siempre hay los sujetos líderes o los más osados en cada uno de los mil campos en que se desarrolla nuestra existencia. Ellos eran capaces de intuir aquello del sexo.

Yo era un niño, casi un adolescente que se lo creía todo y que no preguntaba nada, no indagaba. Esta inquietud empezaría a manifestarse en mi edad adulta. Por otro lado, la vida familiar, en general, no permitía estas conversaciones raras que podían convertirse en peligrosas y desagradables. La información más cercana al sexo que se permitía en el bachillerato era la lección sobre los órganos reproductores en las plantas. Aquello era terreno resbaladizo y a casi nadie se le ocurría que aquello podía tener algo que ver con su propio organismo. Debería ser lo más próximo a lo que años después se llamaría "Educación sexual". Desde luego, estos temas nunca salían en los exámenes. Y sin embargo eran a los que más atención prestábamos.

Mi vida transcurría entre las aulas colegiales y las vacaciones familiares en el Laberinto, sin el acompañamiento de los amigos de diferentes proveniencias que son los que desasnán al personal. Por esto, cuando aquel verano, invitado por un amigo a su casa de Vilassar de Dalt, descubrí una especie de vello que surgía en mi parte más íntima, mi desconcierto fue traumático. Poco a poco y mirando de reojo en

los vestuarios deportivos que empezaba a frecuentar, pude tranquilizarme y reconocer que mi pelambarrera no era nada extraordinario y admirarme del tamaño del objeto que sobresalía entre el bosque recién descubierto, así como de la variedad de formas y tamaños que el mercado anatómico ofrecía. Un mundo nuevo se abría para mí. Mi trato con alguna chica era siempre superficial y esporádico ¿Cómo iba a sugerir semejantes temas si ni siquiera lo hacía con mis amigos? Mis conversaciones no iban mucho más allá de las cualidades de Di Stefano del Real Madrid o de Kubala del Barcelona, de las películas de Gary Cooper, o de la visita del domingo próximo al Cottolengo o a la prisión de menores de Wad Ras para repartir caramelos, bocadillos o para pasarles una película de vez a saber de qué, en una sala que, para entrar en ella, tenías que haber hecho un curso completo de abstracción olfativa y otro curso de desintoxicación a la salida. Yo estaba inmerso en el mundo marcado por una época. No me daba cuenta que a mi alrededor otro mundo se movía y avanzaba.

No conocía cómo podía ser el pubis de las chicas y no podía tener la osadía no ya de saberlo, sino de preguntarlo ¿Cómo se apañarían mis amigos? Nunca fue motivo de conversación entre nosotros. Y las chicas, ¿también se lo preguntaban? No me atrevía a preguntarlo ¿Cómo iba a expresarlo después en mi confesión semanal? Tenía muy presente la recomendación del padre espiritual: “cuando te desnudes hazlo ligero, no te entretengas con miradas y mucho menos con tocamientos que te llevarán a situaciones pecaminosas y en algún caso pueden llegar a enfermedades no deseadas.” Por supuesto, no se hablaba de enfermedades venéreas. Las enfermedades del sexo eran peligrosas. También tenía presente que por la calle debía ir con la mirada recogida, “el demonio acecha por doquier y no te detengas a contemplar las mujeres que van vestidas de cualquier manera. Piensa en aquel desgraciado que toda su vida fue un hombre casto y honrado y en el último momento de su vida cometió un pecado mortal. Se fue al infierno y allí continúa purgando su falta imperdonable”.

Yo no era un chico hablador ni extrovertido. Para llegar a ello necesité bastantes años. Los años que tardé en ir descubriendo que aquellos que hablaban mucho, que tenían más éxito con las chicas, al final decían muy poco. ¿Es que hablar y no decir nada es una virtud, es un atractivo?, me preguntaba. Pero sí me gustaba oír, escuchar. Con ello iba descubriendo el mundo. Poco a poco me daba cuenta de que alrededor de cada vida, junto a cada amigo, a cada conocido, se desarrollaban unos hechos diferentes a los que yo vivía. Me entretenía en el tranvía, en el metro, caminando por la calle y me preguntaba qué tipo de familia giraba alrededor de aquella persona, si tendría mujer, hijos ¿cuántos?, qué haría los días de fiesta, si tendría dinero

o no. Este tenía pinta de ser médico, este actor, aquel de anuncio de crema de afeitar. En alguna ocasión, mis amigos del Deutsche Schule comentaban lo que hacían sus padres, uno de ellos llevado por la admiración hacia su padre decía que durante la guerra había visto cómo una bala se le acercaba y que pudo esquivarla. Otro, más vulgar, explicaba una operación de cráneo realizada por su padre que resultó ser un neurocirujano famoso. ¡Bendita y despistada niñez!

Poco a poco mi curiosidad iba despertándose, abriendo las ventanas de mi interior. “Mamá, y ¿papá a qué se dedica?”, le pregunté a mi madre un día inesperadamente. “Pues, papá estudió una carrera, pero ahora se dedica a administrar las fincas.” Caí en la cuenta de que las fincas, además de ser un lugar de la naturaleza donde vivían los payeses que trabajaban el campo, que se liaban los cigarrillos y hablaban catalán, eran unas propiedades de las que también vivíamos nosotros. A mis trece años tenía la idea de que la gente trabajaba en las fábricas o eran médicos o eran abogados aunque esto último no sabía muy bien en qué consistía.

Cuando a partir de ese día salía ese tema en alguna conversación con mis amigos, prestaba atención para reconocer algún otro que viviera de las fincas. Como siempre, las respuestas a mis escasas preguntas eran poco convincentes y confusas. Poco a poco fui enterándome de la adhesión de mi padre y de muchos antepasados míos a la tierra ¡La tierra!, esto era nuevo. La tierra constituiría un descubrimiento para mí y la vida de mis ancestros me marcó para el resto de mis días. Tenía antepasados míos, conocidos desde hacia ochocientos años y todos ellos ligados a la tierra. Era diferente y me explicaba las frecuentes y cortas estancias de mi padre por diferentes lugares de la geografía catalana. Empecé a entender que ochocientos años de historia familiar conferían un estatus diferente, sino a efectos prácticos, sí en cuanto me relacionaba de manera especial con mucha gente: amigos o conocidos. Aunque, en realidad, a esa edad, todavía no llegué a profundizar en la pátina que la nobleza me había conferido. La realidad de las cosas se va adquiriendo con el tiempo de manera que el trato excesivamente respetuoso que en ocasiones recibía mi padre por parte de según quien, o los veraneos en el Laberinto eran para mí hechos naturales. Que yo pudiera disfrutar de unos jardines semejantes lo veía como un hecho diferente, pero de ninguna manera me confería ninguna ventaja. Las diferencias las marca el tiempo, la edad, el pensamiento. Me fui dando cuenta que había un nosotros y un ellos y aunque mi vida siempre estaba inmersa en la de ellos, los gestos, los pequeños comentarios, la posición de nosotros, en la visión y en el juicio de los hechos sociales, se quedó grabada, no en mi intelecto razonable, pero sí en mi nivel emotivo.

Nunca se ha difuminado la impresión que me causó la cara iluminada de Luisa cuando le propuse salir con ella el sábado siguiente por la tarde. Se encontraba en la cafetería de la Escuela de Ingenieros y cuando ella se separó del grupo de amigos con los que estaba conversando, la alcancé. Era la primera vez que hacía una propuesta a una chica para salir a solas, el corazón me rebotaba. Tenía diecisiete años. La había conocido en una reunión de amigos comunes antes de comenzar el primer curso universitario, antes de verano. No me la sacaba de la cabeza, no sabía que íbamos a coincidir en la misma escuela.

Ella era la mismísima imagen que, sin saberlo, había soñado, alta, delgada, bella, con facciones tiernas y suaves. Vestida discreta y elegantemente, el pelo rubio, lacio, caía sobre su espalda. Hablaba suavemente. A lo largo de los dos años en que mantuvimos nuestra profunda relación no dejé de admirar su inteligencia sin estridencias, su carácter dulce, afable, su sonrisa cálida y la firmeza de sus convicciones que comentaba sin la menor vacilación.

En una ocasión en la que un amigo común se permitió un comentario sobre nosotros dos, y que a ella le pareció fuera de lugar, Luisa le contestó con una mirada silenciosa, fría, lejana. Quedé impresionado, no conocía esa faceta de mi querida amiga, que me pareció desproporcionada. Tiempo después pude interpretar aquella mirada. Yo seguía enamorado del gesto, la sonrisa cariñosa y sobre todo de su proximidad personal. La lejanía de aquella mirada que había atravesado a mi amigo la reservaba para un momento sin mayores consecuencias. Los dos formábamos una pareja perfecta, la mirada de ella era clara, sincera. Nunca llegamos a besarnos, pero dudo que un beso hubiera podido superar el anhelo que yo sentía por ella. Nunca llegamos a declararnos nuestro amor, pero los gestos y las miradas superaban cualquier palabra. El tono de su voz expresaba sus sentimientos, el gesto cariñoso superaba el abrazo impetuoso y el roce de nuestras manos nos estremecía más allá de nosotros mismos.

Solo se nubló un día en el que le hablé de futuro. Me quedó un cierto regusto y determiné que cuando se ama, un año, dos años, no tienen la menor importancia. No acabé de entender aquella reacción que fue desapareciendo superada por mi profunda y continuada emoción.

El curso terminó, ella con notas brillantes, sin denotar esfuerzo y compaginando los estudios con otras tareas. Yo tuve que seguir el verano intentando superar el lastre que me había quedado en junio, lastre que arrastré durante el curso siguiente. Temí que esta situación podía distanciarnos. En algún momento tuve la sensación de que tras las miradas enamoradas de ella se escondía un juicio frío, de que su alma quedaba velada. Me di cuenta de que la seguridad de ella con-

trastaba con sus dudas. Sabía que una superficie sensible, calmada y serena guardaba un espíritu inquieto y firme.

Los horarios, las asignaturas, los compañeros nos separaban, pero seguíamos queriéndonos. Llegó de nuevo el verano y los dos nos prometimos renovar nuestros encuentros para el comienzo del nuevo curso. Una separación momentánea reforzaría la atracción que el uno sentía por el otro.

En octubre cayó la bomba, el primer gran disgusto en mi vida, no podía dar crédito. Ante la insistencia de mis llamadas y la ausencia de respuesta de Luisa, la hermana de esta se sinceró: “Mira, Bernat, mi hermana ha reflexionado durante el verano. Prefiere dejar un paréntesis para aclarar vuestra situación.”

La conversación fue breve, escueta, incluso fría. Lo que nunca entendí fue la falta de mi querida Luisa al no dar personalmente las explicaciones que yo merecía. De pronto se me aparecieron nítidas las situaciones en las que a lo largo de los dos años yo había sentido dudas ante ciertas actitudes de ella. Llegué a la conclusión de que lo que me había fallado no era la persona de Luisa, sino la imagen que yo mismo me había forjado de ella, y la idealización que me había formado se disipó. Me había traicionado mi propia mente. Más adelante supe que Luisa estaba prometida con un individuo, así le llamaba yo, de veintiocho años, muy bien posicionado profesionalmente. Nunca más supe de ella, aunque en mi interior me ha quedado la señal indeleble de un sentimiento irrepetible.

Dos cursos de universidad ya iban diciéndome que las cosas eran diferentes. Durante los veraneos, mi mundo se reducía a los hermanos y primos de mi edad, no tenía contacto con gente exterior, con la picardía o los hábitos diferentes que se descubren en los primeros años. Durante el bachillerato, los jesuitas cuidaban de dar una intensísima formación que no admitía desviaciones, sin que estas provocaran inmediatos y feroces rechazos divinos. La política en nuestro país hasta el advenimiento de la democracia también puso buen cuidado de marcar el camino adecuado para poder vivir sin problemas. Todos marcaban recorrido, solo había que seguirlo.

Esta educación tan estricta, tan lejos de un humanismo que todavía tardaría años en llegar, produjo básicamente tres tipos de personas. Un primer grupo que no asimiló este discurso: eran aquellos a los que las palabras les patinaron, no se rebelaban, simplemente no hacían caso. Un segundo grupo se rebeló con mayor o menor intensidad. Durante una reciente cena de antiguos alumnos en un momento dado se tocaron estos temas, como no podía ser de otra manera. Hubo un compañero, Salvador Novell, especialmente dolido por la educación

recibida: “Esos curas desaprensivos nunca han tenido idea de lo que es la juventud, se quejaba airado, se han creído que con su nefasta influencia pueden moldearnos a su antojo sin tener en cuenta para nada que cada persona es especial, sin ningún respeto. Su represión sexual ha sido atroz. No quiero ni oír hablar de ellos.” A los pocos minutos entendí que el diálogo con Salvador era inútil, así que desvié la conversación hacia temas menos conflictivos. El tercer grupo comprendía las personas que, a partir de la educación recibida, han tenido el reto de confrontar su pensamiento con la realidad diaria hasta llegar a alguna conclusión propia. Un ejercicio apasionante de puesta al día continua de mis convicciones. Se trata de mantener un equilibrio entre las propias convicciones y las circunstancias cambiantes, de un dialogo íntimo que no tiene fin con el paso de los años.

Mi mundo interno iba evolucionando al ritmo de los tiempos. Un ritmo ciertamente lento pero inexorable. Los inviernos eran largos y los estudios agobiantes. Nos habíamos cambiado de domicilio y nuestra querida águila tuerta había desaparecido de nuestro entorno sin saber cual habrá sido su destino. Mucho me temo que no habrá sido las altas cumbres de los montes en los que algún día, ya lejano, debería mostrar sus potentes garras y allí sí, su mirada escrutadora. Ya eran tiempos en que España comenzaba a salir de un letargo más que considerable. En 1959, andaba yo en mis veinticinco años, una serie de medidas económicas comenzaron a dar un sentido a la actividad diaria que hasta entonces estaba limitada a la mayor gloria del país del Cid. Una pequeña muestra de tal novedad la constituía la renovación del parque móvil de la ciudad. El insuperable SEAT 600 ya se podía adquirir después de una espera de ocho meses, a menos que se lograra un enchufe con alguna jerarquía del régimen que, según el calibre alcanzado, podía llegar a la entrega inmediata.

La familia Vallseca tenía su propio medio de transporte, el ancestral, seguro e indestructible carro tirado por un mulo. No fallaba, cada mes hacía el recorrido dejando en cada una de las casas correspondientes a cada familia la denostada carga de acelgas, ante la cada vez más atónita mirada de los transeúntes y el desconcierto de los guardias urbanos. En las reuniones familiares siempre hubo unanimidad al considerar que los colonos nos dejaban los restos que no lograban colocar en su puesto en el mercado de la plaza Ibiza de Horta.

Lo cierto es que el día de la llegada del carro era más que arriesgado preguntarle a la cocinera lo que había para cenar:

—Acelgas, señorito.

No puedo dejar de destacar el mérito de nuestro padre, que dando el ejemplo al que su jerarquía le obligaba, siempre destacaba:

—Están muy buenas y además son muy sanas, tienen hierro.

Vale la pena guardar memoria en homenaje al último carro de reparto de acelgas de la ciudad.

La atalaya de los años transcurridos confiere una visión más amable de las amarguras vividas, añadiéndole un plus de ironía. Viene a ser el mecanismo que te permite superar los hechos que ya no te pueden alcanzar. Es una de las ventajas de los años. Coloca a cada cosa en su lugar. Mis primeros pasos universitarios fueron dramáticos. Pasar del “No os olvidéis del rezo del Rosario cada día”, a las cargas de los grises en la plaza Universidad era toda una experiencia que no se asimilaba en cuatro días. Pasar de no saber lo que es una mujer a la convivencia diaria podía ser relativamente fácil para algunos, pero para uno, constreñido a los corsés sociales, religiosos y políticos del momento, era simplemente demasiado complicado. Y si este individuo estaba satisfecho en su burbuja sin suponer lo que había en el exterior, el choque tenía que ser bestial. Dicen que Buda fue educado en el seno de una familia principesca, ajeno al conocimiento del mal y del mundo exterior. El día que se encontró con un miserable cara a cara entró en una crisis que le llevó a ser lo que después se ha conocido de él. Quizás a Buda le hubiera ocurrido algo parecido a lo que a mí me ocurrió enfrentado al carro de acelgas mensual.

Mis primeros fracasos en la universidad llevaron a mi padre a decirme estas consoladoras palabras: “Supongo que lo dejarás.” No sé si es desde entonces, cada vez que alguien me sugiere que me rinda se me enciende algo en mi interior que me dice: “No me conoces, esta guerra no ha hecho más que empezar. Habré perdido una batalla, pero el final no está escrito.” Estoy convencido de que si hay algo esencial en la vida es el tesón, el convencimiento, incluso diría la tozudez, por alcanzar algún objetivo previamente trazado. No se trata de una vanidad estúpida alejada de la propia personalidad; se trata de conocerse a sí mismo, poder valorar los obstáculos que la vida nos presenta y tener el suficiente orgullo para no darse por vencido, al contrario de la vanidad que es una característica superficial propia de gente sin fuste interno, de gente ficticia y mentirosa destinada a ser desenmascarada. Mi objetivo era terminar mis estudios, me lo había propuesto y el asunto no podía quedarse a medias.

En el Laberinto la vida seguía su curso apacible. Yo era ajeno a los nubarrones que se aproximaban en la lejanía. Durante años las partidas de croquet los fines de semana seguían siendo punto de reunión familiar con nuestros vecinos de Les Eures. Por las mañanas de los días festivos yo seguía yendo a bañarme al Safareig Gran. Se

seguían produciendo las rotaciones familiares para el gobierno de la casa y la convivencia seguía su ritmo pausado sin grandes aspavientos.

Sin embargo, yo notaba que el clima era otro. A medida que los primos fueron creciendo y comenzaron a trabajar, los fines de semana comenzaban a ser motivo de desplazamientos a la Costa Brava o La Cerdaña. El Padre Alberto falleció y con él desaparecían aquellos jugosos desayunos, aquel delicioso sorber los melindros en el chocolate que todos esperábamos con fruición mirándonos de reojo, con la sonrisa apenas disimulada de tío Gonzalo. Por las tardes las tías seguían haciendo solitarios o rompecabezas representando un mapamundi en las mesas de juego de cartas, tapizadas de fieltro verde, en el salón.

Pasaban los años, yo, mis hermanos y mis primos ya no éramos niños. Todos en edad universitaria, las Ossa, y alguna Montesa ya pasaban de mano en mano. Alguno más afortunado ya manejaba el SEAT 600. Nuestra visión de las cosas había cambiado, la inocencia ya estaba teñida de intereses que se manifestaban en forma de planes individuales, no compartidos. Las amistades y las novias competían con nosotros mismos. La generación de nuestros padres se iba desgastando, los problemas, para ellos, se iban enquistando y para nosotros iban apareciendo. La vida familiar se iba encerrando en casa, el jardín ya no era motivo de disfrute. Yo no entendía como aquella hermosura podía ser pasada por alto o como tío Gonzalo podía pasarse las mañanas en el salón con las cortinas semicerradas, para protegerse del calor, componiendo un puzle que no se acababa.

Cuando yo me casé, en el año 1964, lo natural era la presencia del primer hijo al año de matrimonio. Yo no fui, en absoluto, original. Tres años después ya habían nacido mis hijos Jaime y Sofía. Unas criaturas que iban a vivir unas circunstancias que marcaron una diferencia con el pasado que tendríamos que asumir unos padres del antiguo régimen. Los adultos vimos crecer una generación, la de nuestros hijos, con unas maneras que no eran las nuestras. Las nuestras, las habíamos heredado de una tradición multiseular, de una autoridad que venía de Dios, la Patria, la Tradición. Ahora, cualquier organización tiene sus propias reglas. Antes el niño nacía y crecía situado en una sociedad jerarquizada, donde una élite se había constituido en origen y fundamento de la misma. Al contrario de lo que para mí fue sagrado, el joven, hoy, protagoniza la libertad y el cuestionamiento de toda autoridad, dejándole, al mismo tiempo, sin los elementos básicos que debían estructurar la nueva sociedad. Somos libres en la medida que somos civilizados. Y la suma de individuos civilizados constituye una sociedad moderna. Volver al orden y a la boina, no es la solución, pero tampoco lo es el hábito de la indolencia y la gratificación inmediata. Después de 1975 nos llegó una libertad adolescente que el tiempo tendrá que llevar a la madurez.

# Índice

PRÓLOGO .....	5
INTRODUCCIÓN .....	7

## Primera parte

### ESPLENDOR

Bernat vuelve al laberinto .....	11
El factor humano.....	49
El peso de los otros .....	65
El poder .....	91
El Mal.....	113
Mitología .....	137
Las murallas .....	157

## Segunda parte

### EL PASO DEL TIEMPO

Los hijos.....	175
La herencia .....	193
Años de crisis .....	221
El destino inesperado.....	255
La familia.....	273
Pietismo.....	297
La política .....	307
Los hermanos .....	337
El fondo y la superficie .....	359
El drama .....	371

## Tercera parte

### ADAPTACIÓN

Futuro .....	383
COROLARIO .....	397